

El retorno de un coleccionista

Por *Martín Walser*

Alexander Bonus, que a causa de una dolencia al corazón se había jubilado prematuramente, había vivido en su juventud y aun en los peores años de la guerra en nuestra ciudad; luego fue trasladado al campo casi por la fuerza, a un pueblo de campesinos viñateros, donde habitaba una diminuta buhardilla. Con una tinta de reflejos violáceos de su propia invención, había enviado después de la guerra gran número de cartas a la oficina municipal de viviendas, para pedir que se le permitiera el regreso definitivo a su ciudad natal. Los señores del comité le habían prometido una y otra vez, a través de comunicaciones impresas en serie, la pronta mejoría de sus condiciones actuales. Alexander Bonus había respondido todas las veces con una carta muy amable, y manteniendo toda su cortesía, había pedido, sin embargo, cada vez con mayor insistencia, que su casa de seis ambientes fuese desalojada para que él pudiese retornar; y especialmente para poder ubicar en ella su colección diseminada por diversos lugares.

Sabía que sus seis habitaciones hacían mucha falta en la ciudad, y por eso había esperado algunos años después de la guerra; y de no ser porque acababa de llegar de un viaje que lo había llevado por todos aquellos establos campestres y sótanos donde se encontraba su colección, tampoco se habría atrevido a solicitar seriamente la devolución de su casa. ¡Y de qué manera habían tratado a su entonces nada importante colección de plumas de pájaros! La madera de las estanterías se había enmohecido a causa de la humedad o quebrado por el calor, las vitrinas estaban totalmente cubiertas de hongos; no había querido convencerse del estado de sus valiosas plumas, al que no había vacilado en calificar de catastrófico, después de su primera y rápida impresión.

Alexander Bonus se había dirigido también a aquellos consejeros municipales que conocían su colección desde los tiempos de la guerra, manifestando que él, ya viejo y solo, tenía intenciones de donarla al colegio secundario municipal, solamente bajo la condición de que se lo ayudara a rescatarla de su desintegración definitiva. Los consejeros de más edad debían defender las cartas del señor Bonus contra las sonrisas de aquellos colegas que la guerra o la casualidad habían llevado hasta nuestra ciudad. Y a estos consejeros más viejos había que agradecerles también que las dos familias que habitaban la casa del señor Bonus debieran desalojar dos habitaciones, y que el propio Bonus recibiera una carta de nuestro intendente en donde se le comunicaba que podía ocupar dos habitaciones de su antigua vivienda, lo que permitiría a él, soltero aún, rescatar y

restituir una parte de su colección. Y en un tiempo no muy lejano podría recuperar una tercera, una cuarta, una quinta y finalmente la sexta habitación para su colección.

Cuatro días después se detenía un vehículo rural frente a la antigua casa de Bonus, y él mismo descendía bruscamente del guardabarros del tractor, sobre el cual había venido sentado durante todo el trayecto desde el campo; se dirigió hacia la puerta de calle con la llave en la mano y la introdujo temblando en la cerradura, pero sus ojos, que se anticiparon a los movimientos de la mano, habían visto que la cerradura no era la misma de antes. Se le cayó la llave. No hizo ruido al caer, porque en el empedrado aún había arena de los obreros constructores.

Entonces Bonus tocó el timbre.

Sí, las dos habitaciones estaban desocupadas. Pero las dos familias que se dividían en las otras cuatro, miraban con desconfianza todos los objetos que él hacía mandar para arriba. Primero una mesa, después una silla, un armario, una cama y después numerosas vitrinas, tan sucias y tan cubiertas de moho, tierra y telarañas, que no se podía ver su contenido. Los niños de las atentas familias frotaban los vidrios con los dedos previamente humedecidos con la lengua, para poder mirar al menos con un solo ojo. Los padres los hicieron retroceder, permitiéndoles observar tan solo desde la puerta del pasillo, donde se encontraban ellos mismos. Aún no sabían qué pensar de este viejo de cara joven y carnosa, de cabellos blancos como la nieve. Sin embargo el señor Bonus se presentó inmediatamente, se agachó especialmente delante de cada niño –entre las dos familias llegaban a siete– y ya les prometía mostrarles su colección en cuanto lograra ordenarla un poco. Lástima que se trataba sólo de una pequeña parte, agregó; luego miró sus blancas y pequeñas manos y dijo, con la más tierna sonrisa, que vivía sólo para el día en que pudiese conseguir el espacio suficiente para instalar nuevamente su colección completa.

Mientras Alexander Bonus decía todo esto, los padres de los niños lo miraban con cara adusta. Era como si de pronto hubiesen comenzado a temerle a este hombrecito pálido y suave. Se dieron vuelta, separaron a sus niños del señor Bonus y sus cajones de vidrio, tirándolos de pelos y manos, y desaparecieron atrás de la puerta. Bonus los vio alejarse; cuando escuchó elevarse desde allí un brusco murmullo que aumentaba y se convertía a veces en una gritería sonora, cuando escuchó que era su propio nombre el que alimentaba el calor de aquella discusión, se reclinó contra una enorme vitrina, frotó amorosamente su cabeza contra el borde de madera y, sonriendo, comenzó a reflexionar sobre si debía juntar las plumas del cuervo marino con las del ave tropical en un mismo estante, mientras podía disponer tan solo de dos habitaciones. Era preferible que las plumas se resguardaran mutuamente, a dejar una sola vitrina en uno de esos húmedos sótanos de pueblo durante más tiempo del necesario.

Por lo pronto, estas combinaciones no venían tan mal, ya que algunas vitrinas estaban tan dañadas que era imposible utilizarlas. Las plumas del cuervo marino y las del ave tropical eran de todas maneras una excepción en su colección, porque eran las únicas plumas de aves palmípedas que poseía; todas las demás piezas de su colección provenían de la familia de la lechuza y del águila, o sea, de animales rapaces, especialmente del águila. Durante los años de exilio, como él mismo los llamaba, para mantenerse en actividad, había comenzado a preparar la sección “gallinas

y gallináceas". Pero había preparado esta sección sólo en su cabeza, para poder utilizarla alguna vez como eventual canje a cambio de plumas de águila, por las que sentía íntima predilección. Por una sola pluma de arpía las habría entregado inmediatamente. Las arpías eran las aves preferidas de Bonus. Y si las ofertas de plumas de arpía hubiesen sido numerosas, quién sabe, quizás habría canjeado paulatinamente toda su colección por las plumas de este peculiar tipo de águila. La colección de Bonus era bastante variada, gracias a que la caza de las arpías en las selvas húmedas de Sur y Centroamérica era muy difícil.

En los primeros días de su retorno, el señor Bonus no estaba para nadie, nadie lo veía. Los siete niños, que hubiesen querido aprovechar con gusto la ausencia de sus padres para hacerle una visita a Bonus, golpeaban infructuosamente contra su puerta. Bonus luchaba contra los hongos, el polvo y las telarañas.

Libró a sus armarios, sus vitrinas, metales y maderas de la descomposición que amenazaba destruir todo definitivamente. Luego se dedicó a las plumas. Tiasas, opacas, cubiertas por una capa que mataba todo color, yacían como muertas sobre sus almohadones; y Bonus se acordaba de los tiempos en que estas suaves y sedosas maravillas lucían todos sus colores ante él. Tomó a cada una entre sus manos, sacudiendo y soplando polvito por polvito; un tremendo trabajo. No quería perder ni la más mínima de las plumitas. Después preparó aquella mezcla grasosa que décadas atrás lo había hecho famoso entre los círculos que se ocupaban de preparados para aves, esa pasta que él sabía preparar de tal modo que casi se equiparaba al secreto de la glándula uropigial de las aves, la que segrega un sebo para su plumaje; con esta grasa untó todas las plumas de su colección, y sólo entonces abrió la puerta y dejó entrar a los chicos.

Pero Bonus no tenía paciencia para guiar a los niños de caja en caja. Y explicarles lo que había construido con tanta pasión, de dónde provenían todas esas plumas, cómo estaban constituidos los pájaros que las habían llevado. Al principio se había inquietado mucho por el estado en que había encontrado a su colección. ¡Quizás había llegado tarde, quizás las plumas se habían destruido en poco tiempo bajo el polvo, quién podía saberlo! Por más que se alegraba de ocuparse nuevamente de sus plumas, de poder acariciar su fofa cara con la formidable pluma marrón oscura del ala del águila imperial, la que alguna vez fuera llevada por la más poderosa de las aves sobre las áridas estepas de Mongolia, no podía engañarse: la colección no era ni la sombra de lo que había sido. Los colores estaban desvaídos, y a pesar de todos los esfuerzos, el plumaje quedó resquebrajado. Lo que más le preocupaba era que gran parte de la colección se arruinaba hora tras hora, minuto a minuto en aquellos graneros y sótanos rurales. En las dos habitaciones que le habían adjudicado no cabía ni siquiera una parte de la colección que había traído consigo.

No había abierto aún la cama, la silla estaba sobre la mesa y las vitrinas estaba apiladas, unas sobre otras hasta el techo; acomodar todo esto, dadas las condiciones en que se encontraba la madera, podría desencadenar una catástrofe y también impedirle a él y a todo el mundo gozar de su colección.

Preguntó a los niños que estaban con las narices pegadas a los vidrios si no sobraba espacio en las habitaciones de sus padres; él podría poner a su disposición los más bellos ejemplares: una vitrina

con plumas de águila o quizá con plumas del circaeto; ellos podrían elegir, sería como un valioso adorno. Los chicos saltaron de alegría y arrastraron inmediatamente tres, cuatro, cinco vitrinas a sus habitaciones. Por la noche los padres golpearon tímidamente y entraron: al saludar, se disculparon ante el señor Bonus y le dijeron que antes habían temido por sus habitaciones, admitiendo que lo habían tomado por un estafalario gruñón, por un anciano lunático, que ellos eran gente simple, pero las cajas de vidrio, aunque no entendían nada acerca de eso, eran seguramente muy valiosas, y los honraba que Bonus les hubiese confiado tan valiosos ejemplares. Quizá él querría darse una vueltita para ver cómo las habían colocado. Bonus respondió sonriendo que ésa era la única condición que él ponía al préstamo, que le permitiesen bajar de cuando en cuando a gozar de sus plumas. Todos accedieron alegremente.

Entonces Bonus se dejó conducir. Sus cajas de vidrio brillaban frente a él entre camas y cómodas. La habitación era un poco estrecha, dijeron ambas señoras, pero gustosamente hacían un poco de lugar para tan valiosa joya. Los hombres movieron enérgicamente sus cabezas en señal de afirmación, hasta que Bonus comprobó su fervorosa adhesión. Tal vez habían contado con orgullo a sus compañeros de trabajo, y las señoras a sus vecinas, que disponían de un adorno en sus habitaciones, que nadie en toda la zona habría visto jamás. Bonus sonreía. Saludó a sus vitrinas como si fuesen seres vivientes, después subió a su habitación y escribió una carta. Días después un tractor se detenía delante de la casa. El carro que arrastraba estaba totalmente cargado de vitrinas, tan cubiertas de polvo y moho como las primeras. Esta vez, los chicos de la casa ayudaron en la limpieza. Pero el propio Bonus se ocupó de la preparación de las plumas. Por lo pronto debía guardar las nuevas piezas provisionalmente en su habitación, y colocó la mesa, la silla, la cama y el armario en el pasillo, de modo que estaba obligado a dormir y tomar sus comidas en el sombrío corredor. Los padres negaron con la cabeza cuando lo vieron tendido en su cama delante de sus puertas: el pasillo era compartido. No dijeron nada, sólo los niños abrían una y otra vez la puerta riendo, para ver si ya estaba dormido. Bonus sonreía.

Al día siguiente, mientras los padres estaban en el trabajo y las madres en el mercado, les preguntó a los niños si no querían más vitrinas, pues él tenía suficientes. Los chicos estuvieron inmediatamente de acuerdo y cargaron siete vitrinas en dirección a sus habitaciones. Esta vez los padres no vinieron para mostrar su agradecimiento; al contrario, por la noche oyó cómo los mayores discutían sólo a media voz para que él no los escuchase; las madres lloraban y pegaban a sus hijos, de modo que éstos también comenzaron a llorar. Pero cuando los padres se ausentaron al día siguiente, volvieron los niños a buscar nuevas vitrinas. Bonus se las entregaba sonriendo tiernamente. Por la noche, parado al lado de la puerta entreabierta, escuchó la pelea que se originó entre ambas familias, aún más violenta que la anterior. Los chicos se dejaban reprender y castigar, pero al día siguiente regresaron para pedir a Bonus aquello que él con tanto gusto les entregaba. Las madres, que realmente ya no podían andar en sus habitaciones, querían obligar a sus hijos a devolver las vitrinas. Ellos se negaban a obedecer. Golpeaban con sus pequeñas manilas contra la madera, permanecían sordos frente a todos los reproches, a las órdenes, y ni siquiera las palizas consiguieron que hicieran un solo movimiento. Tan pronto como las madres se daban vuelta, se echaban sobre las vitrinas y miraban las misteriosas plumas, y se hacían leer por

aquellos que ya sabían, los nombres que figuraban en las chapas blancas y que ellos repetían en coro con gran unción. Entonces llegaba el murmullo a través de las paredes a los oídos complacidos de Bonus: Phaeton Aethereus, Aquila Audax, Harpya Destructor...

Cuando los padres regresaban por las noches y encontraban a sus hijos murmurando nada menos que en latín, caían en gran desconcierto. Finalmente, cuando ya los chicos estaban en cama se deslizaban hasta la habitación de Bonus. Le rogaban que retirara las vitrinas, ellos no entendían nada del asunto, pero los chicos tampoco, esto terminaría por confundirlos, y podría ser una mala influencia para su desarrollo normal; en pocos días habían perdido todo interés por el resto de las cosas y se pasaban el día al lado de las vitrinas murmurando excitados incomprensibles nombres; éstos eran como una señal de peligro latente en esas cajas, según su modesta opinión de gente simple. ¡Y no hablemos de la cuestión del espacio! Realmente ya no se podía respirar, se había sacrificado el último metro cuadrado libre, era imposible ir más hacia las ventanas, por no decir que ya ni se podían abrir.

Bonus pasó su pequeña mano sobre su pálida mejilla y sonrió. Preguntó a los padres por qué no sabían contemplar las plumas como lo hacían sus hijos y él mismo. Los hombres no comprendieron nada y dijeron que con su permiso podrían empezar ya mismo a colocar las vitrinas en el corredor; después se vería. Bonus se encogió de hombros. Los hombres dieron media vuelta, se en caminaron a sus habitaciones y comenzaron a recoger las vitrinas. Pero ocurría que los chicos habían estado en cama despiertos, aguardando que alguien se atreviera a tocar su santuario. Inmediatamente se agarraron de las vitrinas chillando penetrantemente; al defender los cajones de vidrio, la tenacidad estaba tan terriblemente grabada en sus caritas, que las madres se echaron en brazos de sus maridos, implorándoles que no provocasen a sus hijos hasta la locura. No pasaron una buena noche. Tampoco pasaron buenos días.

La noticia de la llegada de Bonus se había extendido entretanto por toda la ciudad; todo tipo de gente comenzó a interesarse por ese tierno anciano de cara chupada. Los dos periódicos locales, siempre en desacuerdo, mantenían ahora la misma opinión sobre el caso Bonus. Los titulares de la sección local decían: “¿No hay lugar para la cultura?” o “Decadencia de los valores”. Los artículos que continuaban a estos titulares relataban la historia de Bonus: su largo y fatigoso trabajo de selección antes de la guerra, costado por sus propios y no digamos cuantiosos recursos de jubilado, su intención de donar la colección al colegio secundario de la municipalidad, la brusca dispersión de su colección, la descomposición que la amenazaba a causa del calor y la humedad, la tenaz iniciativa de Bonus, su retorno, todo su sacrificio para salvar la colección, su amable y desinteresada tentativa de distribuirla en préstamos para resguardarla, la desdeñosa incomprensión de los vecinos, su brutal comportamiento hacia Bonus y sus propios niños, que una vez más habían demostrado mayor comprensión por los auténticos valores que los adultos. “¡Debéis ser como los niños!...”, más o menos así terminaban los artículos, en donde se solicitaba a toda la ciudad una pronta solución a tan escandalosa situación: respaldar a Bonus inmediatamente mediante numerosas subvenciones y ponerle al menos a su disposición las seis habitaciones que le habían pertenecido.

Cuando Bonus se enteró de estas intrigas –porque no era él quien había dado origen a tales maquinaciones, nadie en especial lo había hecho, sino algo así como la conciencia cultural de la población, o aquella parte que se creía poseedora de esa conciencia– envió dos telegramas. Sabía que había llegado el momento de recuperar toda su colección. No quería pensar que la mayor parte se había deteriorado a causa de su defectuosa ubicación durante y después de la guerra, primero quería recuperar todas las piezas, la colección completa. Después de enviar los telegramas, se encontró en su casa con las dos mujeres. Estas bajaron los ojos tímidamente y desaparecieron atrás de la puerta. Se avergüenzan, pensó Bonus sonriendo para sí. Seguramente leyeron los diarios.

Luego comenzaron a llevar en secreto a sus habitaciones las vitrinas que la noche anterior habían puesto en el corredor. Y permitieron a los niños traer nuevas vitrinas. Cuando se detuvieron los vehículos que traían el resto de la colección –dos veces más de lo que ya había– frente a la casa, los padres y los siete niños no tuvieron ningún reparo en cargar tantas vitrinas a sus propias habitaciones, de modo que Bonus se vio en la obligación de rehusar amablemente. Pero pronto se evidenciaron los frutos de este valeroso atrevimiento de las dos familias. Durante días treparon penosamente y sin quejarse por encima de las peligrosas pilas de vitrinas, hasta que los niños estuvieron cercanos al quebranto definitivo. Entonces resolvieron abandonar la casa por la noche y en secreto, para no herir la conciencia pública de Bonus, e instalarse en alguna choza de los suburbios, o incluso al aire libre, si es que no encontraban otra solución. A medianoche comenzó el traslado; los niños no opusieron la menor resistencia cuando se despertaron.

Alexander Bonus estaba parado delante de su puerta y escuchaba los cuidadosos pasos de muchos pies desnudos. Al fin se volvió hacia la ventana para ver alejarse el pequeño tropel de padres y niños, que arrastrando un carretón de mano cargado de objetos desaparecía en la oscuridad.

Bonus se alejó de la ventana y apoyó su cara chupada en una enorme vitrina, donde guardaba las plumas de un águila marina; frotó su carnosa ahora totalmente pálida mejilla amorosamente sobre el borde de madera y abrió la vitrina para extraer una enorme pluma de ala; como la pluma estaba resquebrajada y seca, se desintegró entre sus blancas y pequeñas manos. No obstante, comenzó esa misma noche a distribuir minuciosamente sus numerosas vitrinas en las seis habitaciones.

(Traducción de Gabriela Massuh)